

## Contingencia

Habían pasado ya 24 horas, yo seguía aún en la computadora, mirando arreglos de cuatro letras que se repetían indefinidamente; nada me entusiasmaba tanto, nada me entristecía tanto. Esther había mostrado signos francos de recuperación, hace tantos años que nosotros vivimos de esta manera, en una cuarentena perpetua; lo suyo había sido la pandemia del siglo. Creo que ese siglo había transcurrido ya, que terminó y como sobrevivientes de otra guerra estábamos más que acostumbrados a vivir en el aislamiento casi total, solos y con el miedo a cuestas. Creo que por eso no nos dimos cuenta cuando transitamos hacia la pandemia del nuevo siglo. De pronto teníamos dos luchas, Esther y el miedo de perdernos a cada uno de nosotros. Para entonces sólo habíamos sido espectadores compasivos, trémulos soldados acostumbrados a las peores noticias. Esa mañana era distinta, refulgente; ella se despertó con buen ánimo, tanto que cocinó para los dos, luego su madre llamó diciendo que vendría a cubrirme en un par de horas. Yo me perdí un momento mirando su delicada silueta, casi transparente, bañada por la luz de un fresco sol. Luego volví a mis ocupaciones cotidianas, me puse mi abrigo, esta odiosa máscara, la careta y decidí salir a la calle. No había nadie, todos se habían marchado, el mundo por fin se había detenido. Era medio día, alcancé a ver algunos curiosos asomados por la ventana. La torre Eiffel lucía solitaria, en paz, como si fuese de madrugada, en invierno, o en los días posteriores a un ataque bélico. Un holocausto, eso hizo que la gente se marchara. La calle también estaba en paz, solitaria y nostálgica; era como el presagio de una tragedia mayor, aún por venir. Caminé por la avenida de los Champs-Élysées, tristemente solo, feliz y afortunadamente solo. Por fin el mundo podía comprender lo que han sido los últimos diez años de mi vida; por fin Esther, su madre y yo, estábamos tan solos como todos los demás. Nuestros

temores eran cada vez perpetuos, y comulgaban con el resto de la ciudad. Todos en sintonía. El mundo por fin se detuvo, como se detuvo el nuestro estos diez años. Ya no me sentía tan solo, tan dolido y desdichado; dejé de sentir compasión por la madre de Esther, y por fin luego de diez años, sentí amor de verdad hacia ella. Caminé esa larga avenida, dejé de lado todo mi rencor y egoísmo, mi falta de fe y me concentré en mi trabajo. Había encontrado por fin un sitio de unión en la cápside del virus.

Marco Tulio Solano De la Cruz

Técnico académico

Instituto de Ecología, Unam